

tes que en un momento—que no sé si fué para ventura mía, cambiándose hoy en desgracia para tí—idealicé el asunto de este libreo, y muy luego puse manos en él, sin que me impidieran dificultades ni me asustaran asperezas, hasta dejarlo hecho. Allá va, pues, y ojalá que no sea inoportuno lo que siempre creí atinado, ni fuera de propósito lo que juzgué de perlas: espero también que preste alguna utilidad lo que á mí me quitó el reposo juntamente con la hacienda, y cause agrado lo que no dejé de darme pena: si así fuere, doy por muy en razón y mejor empleado mi celo, que, si me espantó el sueño y me aligeró de dineros, en cambio puede darme bienandanza con tu venia, lector discreto, como galardón á esta mi larga, ingrata y querida labor llamada humildemente «PERFILES DEL TERRUÑO,» la que podrá ser mañana estímulo para espíritus perezosos y hoy, tal vez, entretenimiento y regalo de niñas virtuosas y bellas.

CAYETANO RODRIGUEZ BELTRAN,  
(ONATEYAC).

Tlacotalpam, Junio 1º de 1902.



I

La Jarocha

**M**UY de mañana, cuando apenas el sol clarea por el Oriente, ya está en pie, encargando la plaza á la mandadera, sisadora y rapaz, con una minuciosidad y exactitud en las cuentas que sólo las mujeres tienen, aunque á las veces no cuenten con los dedos.

Las gallinas, que cacarean reclamando el alimento cotidiano, acuden en parvadas á la puerta del corral, con un aleteo alborotador y un picotear famélico, al llamamiento de la buena ama que avienta el maíz, maná celestial para aquellos gargüeros en ayunas; y el gallo, altanero y roja la cresta, curvos y puntiagudos los espolones de rijoso, contoneándose en su serrallo, busca con ansia locuaz entre el caído grano el más apetitoso y grande para saciar su hambre de comilón nunca satisfecho; hártanse del cereal que mano pródiga distribuye; las gallinas, después de beber agua en la desecada concha de tortuga — que les sirve á modo de abrevadero — se enflan en el claro del patio á tomar el sol tibio y brillante; el gallo, á su vez, llega á remojar el buche, y no contento con el agua que ha tomado, zambulle la ca-

beza, el coquetón, como para refrescar la cresta congestionada y lavar esa su enrojecida cara de celoso sultán.

Del gallinero pasa nuestra jarocho al patio, riega las plantas floridas, remueve la tierra alrededor de los *coditos* recién sembrados, poda las ramas en las cuales las rosas han vivido el espacio de una mañana, y de allí vuelve á la cocina en momentos en que la criada entra con la canasta surtida del mercado. Aquí de la cuenta diaria: tanto para el pan, cuanto para la carne; de arroz y frijoles, doce centavos; del *robalo*, diez, y cinco de verduras, son tal cantidad; cifra redonda que no admite réplica, aunque en los bolsillos—bolsón, digo—de la mandadera, siempre abiertos para la sisa, hayan entrado algunos centavos.

Luego la ocupa el preparativo del desayuno, ligero casi siempre, porque habrá que dejarse expedito el estómago para el copioso almuerzo.

Dispuesto el desayuno con el espumante chocolate, el poroso *marquesote* y el nutritivo vaso de leche, la familia se sienta á la mesa y lo saborea más como regalo que como indispensable alimento.

Concluida refacción tan de nuestro gusto y muy propia de estómagos canonicales, viene la hora del trasteo: se remueven los muebles y trastos de un lugar á otro para barrer la sala, la *recámara*, y, por último, el *corredor*, con escoba de largo mango, abundante palma, y un ruidoso *chas*, *chas* que levanta denso polvo, hace saltar los grillos y los sapos de los rincones y huir las arañas de sus telas colgantes de puertas y ventanas; seguidamente sesacuden los muebles y se colocan en el lugar que antes ocupaban, quedando limpios con tanta pulcritud que parecen acabados de salir de las herramientas del carpintero; de esta costumbre resulta que el ajuar de una casa dura más años que la silla en que se sentó San Pedro; terminadas estas obligaciones que impone la economía doméstica, le toca su turno al afeitado mujeril, operación que ocupa poco tiempo, porque es medida de aseo y no coquetería de muñeca: lavada y fresca la risueña y plácida cara, peinado y entrenzado el lustroso ca-

bello; en el cintillo que corona la cabeza el lozano jazmín rosa, cortado de mañana en el patio, ó regalado en la noche anterior por el prometido en la plática amorosa á orilla del *corredor*: cambiados los trapillos, puestos para los quehaceres matinales, por otra ropa adornada y vistosa, se sienta la costera en cómodo *butaque*, acompañada de la almohadilla que coloca sobre las rodillas, enhebra la aguja, extiende la costura, y cose y cose atentamente hasta que la criada avisa que el almuerzo está servido en la mesa.

A medio día vuelve á su costura, la cual bien es una manga *rejillada*, ó un pañuelo bordado: las mangas para la madre ó para la

hermanita; y el pañuelo para el papá, ó para el novio.

Y en estas delicadas labores de manos son nuestras jarochitas admirables: ellas cosen limpian y primorosamente en blanco desde la edad de seis años; bordan que es un brocado, y *rejillan* de tan hábil manera que su costura parece obra de hadas; es ésta una destreza de la mujer del terruño que vive vida sosegada dentro de las tranquilas paredes del hogar; existen bordados hechos por la habilidad de tales manos, que han figurado dignamente en certámenes interna-



cionales, obteniendo premios; en todo género de costuras es aventajada, y hasta anciana de más de sesenta años da regalo verla manejar con mano segura y rápida la aguja; en las "amigas" y en los colegios sobresale en la costura; surge con curiosidad y repasa con maña, habilidades que determinan una economía manifiesta en los presupuestos carceros; y su mano, afanosa para la aguja, está también dispuesta para el piano: la música la arroba y el canto la embelesa; jovial por carácter, con un pudor genuino que pone valladar a los galanteos, es amiga dulce la que siempre fué sostén de padres menesterosos y orgullo y galardón de padres ricos; no presume de marisabidilla, educada para la vida netamente doméstica y no para el fausto de los salones, le importa cultivar aquellos conocimientos que son necesarios para el manejo ordenado y económico del hogar; va al tálamo dócil y amante, y en el matrimonio es compañera sufrida y madre cariñosa; amamanta a sus hijos, sacrificando por ellos las galas preciadas de la juventud; cuida la prole solícita y la educa en amor de Dios.

En ella, quizá, hay más corazón que cabeza, más afán que experiencia; pero, así y todo, es modelo de madres de familia.

Para ella no se hicieron ni los saraos ni los perifollos, antes bien, la modestia y la llaneza son las cualidades que la distinguen.

Y es hermosa, con una de esas hermosuras de conjunto, que impresionan al artista como ante una visión hecha carne femenina en las concepciones del poeta. No habrá en su rostro las líneas severamente clásicas del perfil helénico, ni los tintes rojos de las rosas del prado por Abril; pero sí unos ojos negros, profundos—cual una estrella que brillara en el fondo de las aguas—con curva pestaña y dibujada ceja, de pupila contráctil que tiene mirada lánguida, apaciblemente soñadora; en su porte no encontraréis esos andares que acusan la postura estudiada ante el espejo, ni el garbo insolente, ni el desgaire afectado, ni el dengue ridículo; tiene su cuerpo un andar moderadamente saleroso de zagala que va por la pradera haciendo cantar a los pájaros y murmurar las fuentes,

Erguida sin altivez la frente, fúlgida la mirada, pronta la boca al saludo afectuoso y a la sonrisa franca, abultado



honesto el seno, esbelto el talle no por las estrecheces del corsé, curva la cadera, pequeñas las manos y breve y combo el pie de andar lento y airoso, con un no sé qué de esbelteza y gallardía en toda ella imposible de describir sin altisonantes hiperboles, que darian la medida de nuestra galantería pero no veracidad a

nuestro relato, y en la parla una voz armoniosa y un modo de decir vivaz y placentero.

De tarde, los domingos, sale acompañada de sus amiguitas, a pasear calles, con el pelo *tendido* y oloroso, la indispensable y coqueta flor en la vistosa cinta; pañoleta *rameada* de seda, que se dobla por sobre el turgido pecho, delantal negro bordado de estambres de colores, enaguas de blanco linó diáfano, que permite vislumbrar la ancha y primorosa *rejilla* de la falda interior; calzada con fina y limpia botita de taconco nutrido y andar ligero, y, para cubrir el busto de esta graciosa figura, el transparente y brillante paño de color claro, color como difumado dulcemente por los reflejos sanguíneos del sol de ocaso.

Y luego la parvada se extiende por el *zócalo* y pasea su hermosura, juvenil y fresca, al acorde lánguido de la alegre danza.

¡Qué grato perfume el de aquellas cabelleras húmedas que caen resolviéndose en ondas por sobre la colorida seda del rico *pañó*, discreto ocultador de mórbidos senos y torneados y velludos brazos!

En tanto, allá en lontananza, el horizonte se pinta de tintas violáceas y carmesíes; incéndiase el frondaje, espejéase el río, y las palmeras iridiscentes mueven sus rizados airones al sople tenue de la brisa . . . . .

Fué madre y esabuela; nó ha perdido nada de sus hábitos ni ninguna de sus aptitudes; sentada en extendido

*butaque* de largos brazos, cual si fuese hecho para sostener aquel cuerpo, vigila con sus ojillos apagados, que apenas parecen ver detrás de los espejuelos, los quehaceres de la casa; manda aquí y regaña allá, mientras repasa por décima vez la novena del santo de su devoción, ó recita con labio



murmurante los misterios, recorriendo las cuentas del rosario en sus temblorosas manos; en las tardes, siempre sentada en su inseparable *butaque*, cose en el *corredor* hasta que el sol alumbrá.

Temprano va á la *plaza*, compra de lo mejor y siempre lleva frutas y golosinas para los rapaces; como conoce las artimañas de los *revendones* no se deja engañar por ellos.

En la cocina da el punto á la *olla*, y hace tal cual confitura de naranjas ó limoncillos, que parece acondicionada por manos de monja; le surce la ropilla á los nietos, aconseja á la nuera, cuida del aseo de la casa como si ella propia lo hiciera, y desde su *butaque* está á la husma para corregir cualquiera cosa mal dispuesta.

De noche, siempre en su *butaque*, bebe el chocolate que en floreado pocillo y hondo plato le trae la nuera; después se rodea de los nietos, y, comenzando por el más pequeño, les toma á cada uno la mano derecha, les pone los dedos índice y pulgar en cruz, los persigna por turno, reza á coro con ellos, les echa la bendición, y con un ¡á la cama!—cariñoso más que imperativo—los manda á recogerse temprano; dado el toque de ánimas, arrastra el *butaque* hasta la cabecera de su lecho, dice quedamente sus oraciones y se duerme con sueño patriarcal, despertando á las cinco de la mañana, hora precisa en que se levanta á trajinar en el patio, á darle el maíz á las gallinas, para en seguida irse á misa, rebosada la cabeza con el ligero *pañó* oloroso á incienso.

¿Peligra la vida del vecino? Allí está la costeña en vela, de enfermera, llevando recursos—si el paciente es pobre—y dando remedios caseros, de esos que no conocieron farmacopeas, ni autorizaron récipes, ni manipularon botica-

rios, ni machacaron morteros; es caritativa y sensible; el mal ajeno le afecta y de la miseria extraña se conduele; de su bolsillo da al pordiosero que pide á las puertas, y de su comida el bocado al menesteroso hambriento; es esta una virtud teologal innata en el corazón de la mujer costeña, que nace á la vida del hogar tranquilo entre la modestia que cautiva, el cariño que persuade y la felicidad que alegra.



### Tismiche

Por mimo de cariño maternal le llamaban *Perucho*, cuando su nombre de pila era Pedro; y en la escuela, la malicia infantil le había puesto el mote de *Tismiche*, no sé si por lo diminuto y delgado de su cuerpo, ó porque siempre andaba á zambullidas en el río á la hora de la escuela.

La madre de Pedro vivía en continua zozobra por las travesuras del rapazuelo: tales, como huídas cotidianas de la escuela; baños diarios en las aguas del Papaloapan; excursiones con pandilla de muchachos malévolos á la *Ciénega* y á la *Sabana*; navegaciones en el río *chiquito* dentro de microscópico *bongo*; trepa á las copas de los árboles en busca de nidos; corte de *virsiúchiles* para hacer rosarios, y otras muchas diabluras de *Tismiche* que tenían en cuida-

CAPÍTULO V